

Europa: la estructuración capitalista de lo político como determinación de nuevas formas de racionalidad *

Carlos Ballesteros**

Parto de la idea de que la circunstancia por la que atraviesa actualmente la organización social de los países desarrollados, implica una nueva reflexión sobre las condiciones de la acción política. En ese sentido, las transformaciones institucionales generadas en el ámbito de los países de Europa Occidental ofrecen un punto de referencia privilegiado, a partir del cual resulta una tarea posible una reconsideración de los paradigmas de integración e identidad.

Para la comprensión de una época es necesario no confundir ciertos caracteres aislados con el conjunto de sus manifestaciones. Los conceptos unificantes son útiles para delimitar las épocas entre sí, pero en tanto expresan sólo una cualidad oscurecen el conocimiento histórico que es la recuperación de las particularidades y su ordenamiento dentro de lo unitario.

En términos actuales, el concep-

to de crisis describe con amplitud una situación social y cultural opresiva en la cual todo hacer autónomo, individual o colectivo, parece ser una afirmación estéril. Es tal la fuerza de la realidad social y tan evidente la desproporción entre ella y la espontaneidad individual, que incluso la teoría que tiene que dar cuenta de este estado de cosas, aparece como incapaz de implantarse sobre lo existente y deriva en una actitud convencional.

Respecto a lo político, el socavamiento de los modos tradicionales de oposición y práctica se vierte en una autoconciencia desvalida y resignada, que bajo la perspectiva de la crisis, no reconoce en la época presente las cualidades que conforman —de manera múltiple— una nueva presencia de los sujetos en la historia.

Así pues, pensar hoy lo político implica una consideración más allá de la crisis como lugar empírico en

que se ocultan relaciones y procesos esenciales de la producción histórica.

La fase actual se presenta bajo los rasgos de una dominación ampliada del Estado —y el proceso económico que lo fundamenta— sobre la vida social en su conjunto. Frente a este hecho ineludible, la necesidad de desarrollar una contraofensiva que actualice las capacidades políticas de los individuos sociales es una tarea urgente, sobre todo cuando el poder de un sistema social autorregulado e irracional no deja dudas sobre su carácter destructivo.

No obstante, la generación de una práctica política con posibilidades de revertir ese proceso de destrucción, no se da en el vacío. En ese sentido, no basta con apelar a lo “nuevo”¹ como categoría salvadora frente a la catástrofe de las viejas líneas de resistencia y oposición. Explicar el apareamiento de nuevas subjetividades como mero efecto de la “muerte

1 El proceso de formación de nuevas subjetividades políticas frente al estancamiento de las organizaciones tradicionales de oposición al proyecto capitalista plantean, una vez más, el problema de las relaciones entre la expansión de la estructura productiva socializada y el movimiento revolucionario. La recomposición de la práctica anticapitalista actualiza la necesidad de una amplia alianza de los sectores resistentes, de la cual no puede ser excluida la clase obrera moderna, ya que ello implicaría reproducir la segmentación capitalista. La nue-

va ruptura con la legalidad productivista y autoritaria pasa por la recuperación crítica de la contracultura generada por la presencia del proletariado y por una reconceptualización de su estructura actual como condiciones para la conformación de proposiciones políticas alternativas. De hecho, ello acontece prácticamente cuando los “nuevos sujetos” reutilizan el discurso y los métodos de lucha característicos de la clase obrera en ámbitos distintos al de las relaciones laborales directas. El caso de Los Verdes alemanes es ejemplar.

* Ponencia preparada para el seminario internacional: “Capitalismo moderno e innovación política, Europa Occidental en la dinámica de la crisis contemporánea”, organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en febrero de 1986.

** Profesor del Centro de Relaciones Internacionales, CRI, FCP y S. Área Estudios Europeos.

de la política"² no es en modo alguno suficiente; una vez más, la argumentación en términos de crisis resulta problemática.

Es justamente la esfera de la política el objetivo de atención teórica más destacado dentro de la investigación contemporánea; esa preocupación se corresponde con un momento en el cual la "democracia de masas" no da ya lugar a conclusiones optimistas, sino que más bien plantea serios interrogantes sobre su viabilidad en el contexto del capitalismo moderno. El porvenir del Estado como espacio en que se condena la legalidad social, se ha vinculado a un proceso de dominación acrecentado que formula mecanismos de participación política, y ante el cual los partidos de oposición y los sindicatos ven limitadas enormemente sus posibilidades de respuesta.

En los años recientes, la experiencia de la política en términos estatales ha sido la aparición de diversas "técnicas de poder", dirigidas a limitar la afluencia de las reivindicaciones sociales y su presión sobre el aparato gubernamental. Respecto a un punto en el cual el Estado parecía haber encontrado límites al ejercicio de su autoridad—como efecto de un debilitamiento del sistema de partidos frente a las demandas sociales en los países de mayor desarrollo capitalista—actualmente el aparato político resulta sumamente eficiente en sus funciones de control y prevención. Esta nueva presencia del Estado es producto de la actualización de mecanismos y estrategias que rea-

firman la capacidad de dirección gubernamental, tanto a nivel político como administrativo.

Así, el llamado Estado social ha derivado hacia una nueva estructura en la cual operan, de manera compleja, la limitación de la influencia estatal en la economía y una mayor cohesión de los aparatos gubernamentales. Ambas tendencias forman en conjunto una barrera infranqueable para las reivindicaciones sociales y correlativamente refuerzan la capacidad de respuesta estatal. Las iniciativas del aparato político que dirige las sociedades desarrolladas han resituado la acción del mecanismo mercantil utilizándolo para romper las posiciones de los sindicatos y de los partidos con base obrera. El desempleo y la limitación de los gastos sociales han fungido como instrumentos políticos de gran importancia en la reproducción del poder estatal. Paralelamente, el auge de las instituciones de control social completa el bloqueo a las posiciones reivindicativas.

En este mismo plano, debe mencionarse que esta ampliación de las posibilidades de acción estatal se verifica sobre la base de la obtención de un nuevo consenso. De tal modo, el Estado no sólo reprime las demandas sociales, sino que también las desvía apoyándose para ello en la capacidad del sistema político-administrativo para absorber conflictos. El puntal de esa capacidad de manipulación está en la integración de los ciudadanos como corresponsables de la situación económica. En este mismo proceso se involucra a los sindicatos y a los propios partidos políticos, generándose entonces una situación de competencia que fracciona las tentativas de oposición y le otorga al Estado posibilidades de ejercer ilimitadamente su derecho de veto.

Al parecer el aparato político se ha emancipado de la carga que re-

presenta la negociación con instancias que no se adecúan de manera completa a su proyecto. Al menos esa es la tendencia observable. La modernidad del "Estado de asistencia social" se desactualiza en beneficio de una nueva programática política que desgasta de modo efectivo las aspiraciones de instaurar otras condiciones de convivencia y de gestión social.

II

Tomando en cuenta estos hechos, difícilmente podría afirmarse que nos encontramos en una etapa de cuestionamiento práctico de la normatividad política vigente. Por el contrario, más bien presenciemos un nuevo momento de la dinámica del Estado en que se hace patente su capacidad de adaptación e integración. En vista de ello, es necesario pensar una vez más en cuál es el terreno de una acción política consecuentemente crítica. Claus Offe³ ha indicado acertadamente que la particularidad de las sociedades capitalistas está en que la vigencia de las normas se define por la casualidad de las leyes del mercado. De tal modo, ocurre que el sistema en su conjunto depende de la capacidad autorreguladora del intercambio mercantil, pero en la medida en que ese mecanismo funciona gracias a la acción de aquellos que están incluidos en él como fuerzas de trabajo vivas, la normatividad social se hace accesible a transformaciones más allá de los imperativos funcionales de la acumulación de capital. Cabe señalar que la rigidez de tales imperativos es el sostén del Estado, por lo cual el objeto de una oposición a las tentati-

² El argumento de la "muerte de la política" hace referencia a los límites del Estado representativo y a la necesidad de una acción política directa (cfr. André Gorz, *Adiós al Proletariado*, Ed. Viejo Topo, Barcelona, 1981). Pero ello no implica en absoluto la merma de la capacidad estatal para integrar a la identidad colectiva como conciencia nacional.

³ Claus Offe, "Ingovernabilidad, el renacimiento de las teorías conservadoras", *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1979.

vas de recortar las normas de reivindicación tiene que dirigirse a un plano en el cual las propias premisas de la regulación estatal sean diferenciadas como causa final.

El análisis de Offe no contempla este último problema, y ello es debido a que su percepción de la esfera del trabajo y del mercado capitalista es la de un proceso neutral cuando que, por el contrario, comporta profundas transformaciones en el conjunto de la práctica social. Por tal razón, la propuesta de sujetar los imperativos de la acumulación bajo reglas político-normativas es insuficiente en tanto no define la estructura del propio sujeto social que podría imponer tales normas, y tampoco las condiciones prácticas que lo hacen existir de manera alineada.

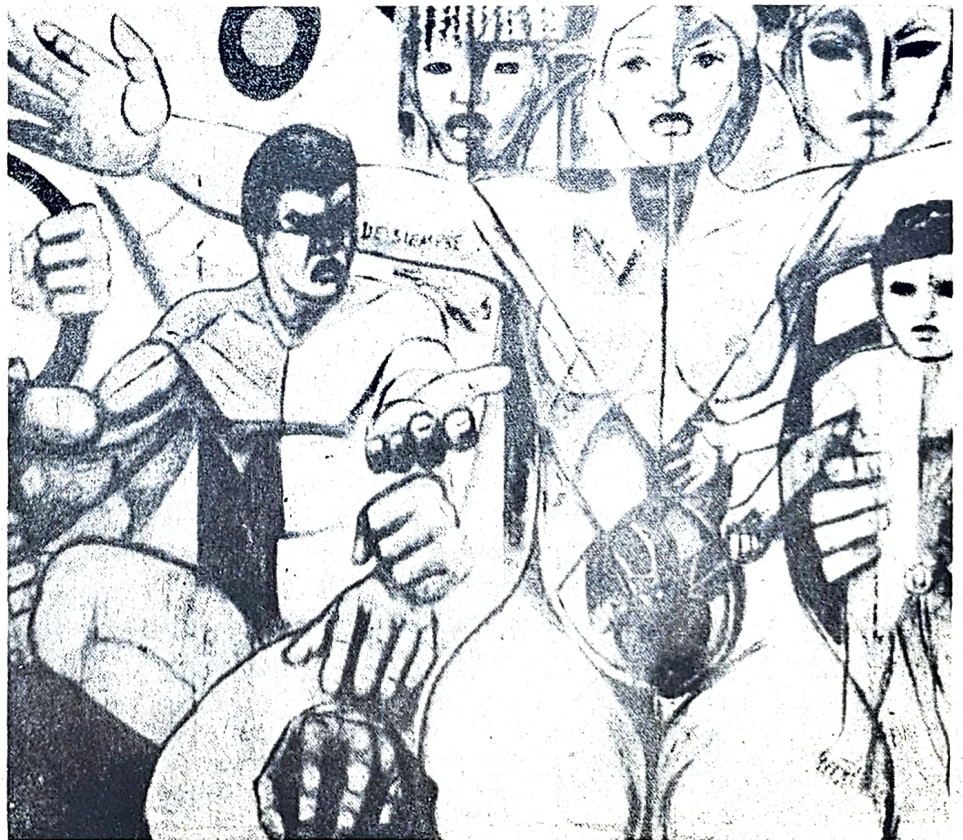
Sin embargo, la idea de que las sociedades industriales no poseen un mecanismo en virtud del cual pudieran armonizar las normas y valores de sus miembros con las condiciones funcionales de la acumulación de capital, refigura adecuadamente un aspecto fundamental de la estructura de lo político en la época contemporánea.

En efecto, es esa contradicción la que especifica el comportamiento político de los sujetos en el capitalismo, pero es necesario reconocer que la polaridad existente entre la acción de los individuos privados y el funcionamiento del sistema se encuentra mediada por el proceso de legitimación política, sin el cual no es posible la reproducción del conjunto social en el sentido de la acumulación capitalista. A partir de este elemento se posibilita entender cómo el Estado integra los conflictos inherentes a la estructura económica en la esfera político institucional.⁴

El Estado tiene como problema presentar el desarrollo de la economía capitalista como la mejor manera posible de satisfacer los intereses universales. Su programa, entonces, se articula como un conjunto de acciones encaminadas a mantener, dentro de límites aceptables, los efectos políticos perturbadores que son inherentes al proceso de acumulación. En este nivel aparece la cuestión central de que la principal fuente de cuestionamiento a la forma estatal es la acción de los sujetos productivos que en el propio despliegue de la economía capitalista se ven negados como tales. El aparato político se instituye frente a este hecho como un elemento de formalización de las reivindicaciones, diluidas en la concurrencia reglamenta-

ria de los partidos.

De tal modo, una perspectiva política crítica tiene que plantearse la cuestión de que la legitimidad del Estado se establece generando la participación de los sujetos pero, en tanto ciudadanos electores, inmersos en un ciclo de alternativas políticas dentro de los límites del cambio de administradores del proceso social. Sin embargo, en la medida en que el Estado debe cumplir con sus tareas de prevención y neutralización de los conflictos como condiciones de su legitimidad, el propio movimiento de la economía mina sus posibilidades de pervivencia en términos de una democracia formal. El aparato político de dominación que corresponde a la forma de reproducción capitalista está estructu-



4 Jürgen Habermas, "Problemas de Legitimación en el Estado Moderno", en *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus Ediciones, Barcelona, 1983.